

For millennia, humanity lived in caves. The same form of human as us, with the same minds, with language and tools. When I think of history I tend to understand it as something that has names and artifacts that exist as ideas or objects I can inhabit and observe. But the whole scope of this form of "everything" is a thin line in the grand scope of how we have been and experienced and loved and known.

Cave paintings found in the same cave are sometimes 5,000 years apart. Most of the photographic basis for the images in this exhibition are of rituals closer to us than to the distance between these early signs. Roses as cultivated material, globalized agriculture that turned the wild tangle of genes into favorable foods and civilization, terraforming, non-biological power; these are all closer to us than the distance between when a person saw a representation of the world in a particular location, and decided through accident to replicate the gesture and compress the space between.

Sometimes I convince myself that our current time, some space of 5,000 years, acts as a great eraser for history; the mode of modernity eats the past that existed before the exponential history of names and characters. The world now changes in years, months, a few hours. Acceleration breaks the chain of representability of history while trying to hold its head above water within it. But the signs are all around me, the cave painting still exists, in geologic time, the strata of circuitry, radiation, and fuel; the ways we now love and understand are just like a handprint on the wall. It is made of styrofoam and tungsten instead of oxides from the river, but they are signs just the same.

This work has emerged from trying to concretize the fragility of the balance of what composes "Forever." A rose turned to a skeleton of itself, or the ritual burial and exhumation of the beast of burden are smudges in a complex. The smallest notes last forever as well. As motes of dust in the space between us in geologic time. "Forever" is something I can feel with you right now if you can feel it too. It is always in the compression between.

Durante milenios, la humanidad vivió en cuevas. Tenían la misma forma humana que la nuestra, con las mismas mentes, con lenguaje y herramientas. Cuando pienso en la historia, la entiendo como algo que suele tener nombres y artefactos, cosas que existen como ideas u objetos que yo mismo puedo habitar y observar. Pero la totalidad de esta forma de “todo” es una línea delgada dentro del vasto alcance de cómo los humanos hemos sido, percibidos, amados y conocidos.

Las pinturas rupestres pintadas en la misma cueva a veces están separadas por cinco mil años. La mayor parte de la base fotográfica de las imágenes de esta exposición corresponde a rituales mucho más cercanos a nosotros que la distancia que separa esos primeros signos entre sí. Las rosas como material cultivado; la agricultura globalizada que convirtió un enredo salvaje de ADN en alimentos favorables y en civilización; la terraformación; la energía no biológica—todo esto está más cerca a nosotros que la distancia entre el momento en que una persona vio una representación del mundo en un lugar específico y decidió, por accidente, replicar algún gesto y comprimir el espacio entre ambos.

A veces me convengo de que nuestro tiempo actual—un lapso de unos cinco mil años— funciona como una gran goma de borrar de la historia. El modo de la modernidad devora el pasado que existía antes de la historia exponencial de nombres y personajes. El mundo ahora cambia en años, en meses, en unas pocas horas. La aceleración rompe la cadena de representabilidad de la historia mientras intenta mantener la cabeza fuera del agua. Pero las señales están a mi alrededor: la pintura rupestre sigue existiendo, en el tiempo geológico, en los estratos de circuitería, radiación y combustible; las formas en que ahora amamos y comprendemos son como una huella de mano en la pared. Estas huellas están hechas de unicel y tungsteno en lugar de óxidos del río, pero siguen siendo signos.

La obra de FOREVER surge del intento de concretar la fragilidad del equilibrio de aquello que compone la idea del “*para siempre*.” Una rosa convertida en el esqueleto de sí misma, o el entierro ritual y la exhumación de un animal de carga, son manchas dentro de un complejo. Las notas más pequeñas también duran para siempre. Como motas de polvo en el espacio que nos separa en el tiempo geológico. El “*para siempre*” es algo que yo puedo sentir contigo ahora mismo, si tú también puedes sentirlo—siempre esta ahí, dentro de esta comprensión.